



# VER A DIOS

*Por Claudio Dossetti*

**T**odos los seres de la Creación son esencialmente divinos y eternos, ya que, como nos dice el Sagrado Bhagavad Gîtâ: “En el corazón de todos los seres mora el Señor”<sup>1</sup>. Es decir, somos habitantes del mundo pasajero, mas, nuestra Real Naturaleza es Ser, Conciencia y Bienaventuranza Absolutas.

A fin de que en nuestra mente se forme una idea aproximada acerca de la Inefable Naturaleza de Dios y de la naturaleza del mundo cambiante, podemos recurrir al ejemplo del Sol y la Luna.

El Sol brilla con luz propia, y a su vez, ilumina a todas las cosas que le rodean. El Sol jamás varía, y es por Su luz que todos los seres cobran vida. Siempre brinda su luz, y aun cuando se halle cubierto por las nubes, podemos percibir su brillo.

La Luna, en cambio, no tiene luz propia, y su tenue brillo es tan sólo un pálido reflejo de la luz del Sol. La Luna varía a cada momento, a veces aparece como Luna llena, otras menguante o

---

<sup>1</sup> *Bhagavad Gîtâ XVIII, 61.*

creciente, y a veces no se la puede ver. La Luna es visible sólo porque el Sol le presta su luz.

Dios se asemeja al Sol, mientras que el mundo que nos rodea se parece bastante a la Luna.

Dios brilla por Sí Mismo en forma de Divina Conciencia, y otorga inteligencia a todos los otros seres. Dios jamás varía porque es Eternidad, y es la Luz de Su Amor la que hace que todas las criaturas vivan, piensen, hablen, caminen, vuelen, o canten. Y aun en medio de las tinieblas del olvido de Dios, Él sigue alumbrando nuestras vidas, aunque no Lo veamos directamente, y no nos demos cuenta de ello.

El mundo, por su parte, carece de conciencia propia, y la que en él se revela —a veces en un grado mayor, y otras menor—, es recibida de la Conciencia de Dios. El mundo cambia a cada instante: a veces se manifiesta como alegría, otras como tristeza, en ocasiones se presenta como prosperidad, y otras como miseria, etc. Y además, si no fuese por Dios, el mundo no existiría, del mismo modo en que no existiría el canto del ruiseñor si el ruiseñor no estuviese presente para entonarlo.

Sin embargo, a menudo no nos damos cuenta de esta Verdad que es tan simple y evidente, y entonces pronunciamos frases como: “Yo pienso por mí mismo”, “Soy muy inteligente”, “Mi conciencia es mía y sólo mía”, “El mundo material es lo

único que existe”, “Soy capaz de hacer lo que deseo en cualquier momento”, y otras cosas semejantes.

¿Y por qué no nos damos cuenta de que todo depende de Dios?

Porque nuestra mente es muy distraída. Está como adormilada en el muelle y aparentemente cálido lecho de la ilusión. Ella acostumbra a irse muy contenta detrás de las imágenes que provienen del mundo que nos rodea, o bien, se pierde en recuerdos e imaginaciones de diversas clases –agradables o desagradables–, las cuales, en definitiva, también tienen su origen en el mundo exterior.

En otras palabras, oímos el canto de un pájaro, pero no nos damos cuenta de que es Dios quien están entonando ese canto; vemos un bello atardecer, pero no nos damos cuenta de que es Dios Quien ha tomado la forma de las apacibles nubes iluminadas por los dorados rayos del Sol; observamos los ojos de nuestro hermano perro, pero no nos damos cuenta de que es Dios Mismo quien nos está mirando desde detrás de sus pupilas.

¿Y entonces qué debemos hacer?

Debemos volver a recordar Aquello que hemos olvidado, es decir, debemos tratar de volver a Ver a Dios en todas las cosas, tanto las que se hallan afuera como las que se encuentran en nuestro propio corazón.

¿Y cómo hacemos para recuperar la memoria divina que de algún modo inexplicable hemos perdido?

Los Santos nos han enseñado variadas formas de hacerlo (recitar oraciones y *Mantras*, hacer buenas obras, estudiar y enseñar los Libros Sagrados, servir a nuestros semejantes, cultivar *Satsanga* o buena compañía, etc.). Acerca de esto lo importante es que comprendamos que todas esas formas de regresar a Dios tienen algo en común: Ellas necesitan de un intenso Amor por el Divino Señor.

De modo que —a fin de recuperar la memoria de lo divino— hemos a abocarnos a la oración, a la recitación frecuente de *Mantras*, a realizar buenas obras, etc., tratando de hacerlo siempre con *Bhavana* o sentimiento devocional. A veces ese sentimiento estará más presente, y otras, ausente. No importa, de todos modos sigamos haciéndolo con la mejor buena voluntad. Luego, Dios Mismo, en el momento adecuado, nos ayudará y nos llevará con Él.

Quiera el Divino Señor, que siempre podamos recordar a Dios.

*Om. Paz, Paz, Paz.*

*Por el Prof. Claudio Dossetti  
Miembro del Colegio de Profesores de la Fundación Hastinapura*